

Astronomía bíblica

Los criterios para la debida inteligencia de los textos bíblicos relacionados con materias científicas, que expondremos aquí sumariamente, son hoy especialmente útiles; la profusión de las traducciones al lenguaje vulgar del Antiguo y Nuevo Testamento no solamente ponen estos libros en manos de numerosos lectores, sino que también la liturgia hace otro tanto respecto del pueblo que asiste a los divinos oficios. Y es natural que al ocurrir pasajes alusivos a cuestiones científicas y en concreto astronómicas, los que poseen algunos conocimientos de esta clase hallen alguna dificultad en darles la conveniente interpretación.

Si la Sagrada Escritura fuese obra exclusivamente humana, la comparación de su contenido científico con el estado actual de nuestros conocimientos en este campo, se reduciría a establecer la diversidad de niveles de cultura que separan los tiempos presentes de aquellos remotos; pero en el caso del escritor sagrado interviene un nuevo factor que cambia sustancialmente el estado de la cuestión: porque el verdadero autor responsable de lo escrito es aquí la misma Verdad Infallible que lo revela, y que si se vale de un instrumento humano, dotado de su propio lenguaje y estilo personal, no puede en manera alguna incorporar al texto los errores también personales y la falibilidad humana del escritor.

La solución de las aparentes contradicciones que puedan ofrecerse entre las afirmaciones bíblicas y los principios *ciertos* (excluyendo naturalmente las meras teorías discutibles y discutidas), habrá de hallarse necesariamente en la recta interpretación del verdadero sentido que las palabras tienen en la Biblia. Sabido es que un prurito racionalista, unido a veces a una mala fe poco científica, se ha esforzado, particularmente en el siglo pasado, por *hacer decir* al texto de la Sagrada Escritura lo que un estudio atento y sereno ha podido demostrar satisfactoriamente que no había dicho.

El primero y más frecuente origen de tales malentendidos está en la misma estructura del lenguaje bíblico y en su imperfecta traducción a otras lenguas: ya sabemos que sustituir literalmente

cada palabra hebrea o griega por su equivalente en otro idioma y dar al conjunto el valor que tiene en el uso actual equivale a un manifiesto peligro de error; por eso es evidente, aun bajo el punto de vista meramente literario, la necesidad de aclarar, con oportunas notas marginales, la difícil inteligencia de esos pasajes para el lector de hoy. Más aún: como acertadamente hizo notar San Agustín, a propósito de materias relacionadas con la ciencia humana y profana, de que incidentalmente hablan los autores inspirados, «El Espíritu Santo, que por ellos hablaba, no quiso enseñar a los hombres esas cosas, que no aprovechan para la salvación», y por tanto, ajenas al designio providencial de Dios al inspirar la Sagrada Escritura.

Conviene distinguir bien dos clases de expresiones que pueden ocurrir en el texto bíblico, como en cualquier otro escrito puramente humano: la primera es la afirmación clara de un hecho como histórico, aunque para nosotros tenga a veces la oscuridad y dificultad procedentes de un lenguaje y estilo tan diferente del nuestro actual, y entonces habrá que presuponer un conocimiento adecuado del idioma semítico en cuestión, a fin de darle a la expresión su valor exacto; la segunda, aparentemente más difícil, pero en realidad mucho más fácil, procede del uso del lenguaje figurado o poético, donde las imágenes empleadas no han de tomarse evidentemente en sentido riguroso ni técnico, cosa que ocurre igualmente en todos los tiempos, aun los actuales.

Veamos ahora en algunos ejemplos la aplicación de los principios enumerados, casi todos nacidos del más elemental sentido común; hay que exceptuar, sin embargo, los difíciles y oscuros pasajes del llamado estilo profético-apocalíptico que los mismos Santos Padres y los más doctos intérpretes reconocen estar frecuentemente escondidos bajo el velo del mismo, como si Dios, usando de su libérrima voluntad, no hubiera querido revelar sino parcialmente sus ocultos designios. Otro tanto se diga de las diversas imágenes y parábolas con que Jesucristo ocultaba a las muchedumbres algunos secretos de su doctrina, que solamente explicaba a sus discípulos, mejor dispuestos para recibirla convenientemente.

Entre los hechos históricos relacionados con la astronomía, el más conocido y discutido fue sin duda, ya desde los tiempos de Galileo, el de la detención del sol por Josué; ya se entiende que por ser aparente el movimiento del sol, como sabemos hoy (y no constaba a los sabios de principios del siglo xvii), la afirmación de tal hecho tenía la misma significación que ahora tiene, no solamente en el lenguaje vulgar, sino hasta en los anuarios astronómicos, donde leemos que sale el sol a las..., a sabiendas que no es él quien sale, sino la Tierra en su rotación la que se asoma a verlo todas las mañanas. El problema real, no resuelto aún satisfactoriamente, consiste en determinar en qué consistió físicamente

el fenómeno de aquella prolongación anormal de la duración del día, que en aquel momento se hallaba próximo a su fin.

Descartada comúnmente una detención real de la rotación terrestre, que hubiera originado profundos trastornos geofísicos, los autores se inclinan más bien a admitir una propagación sobrenaturalmente anómala de los rayos solares, fuera del curso ordinario, en virtud de la cual continuaron alumbrando aquella región hasta que se logró la completa victoria sobre los enemigos. Un caso análogo en menor escala y a propósito para declarar el anterior, lo tenemos en el anuncio hecho por el profeta Isaías al rey Ezequías de que sanaría de su enfermedad y obtendría la liberación de sus enemigos los asirios, que amenazaban su reino; en confirmación de ello y a petición del mismo rey, la sombra de la luz solar retrocedió diez grados en lo que el texto de la Vulgata denomina «reloj de sol de Acáz».

No consta con certeza que se tratase de un cuadrante solar propiamente dicho, como los que hoy vemos en algunos edificios antiguos, por más que los progresos de la astronomía en aquellos siglos lo hacen sobradamente verosímil. Aunque sólo fuese un monumento en el que los peldaños de una escalinata sirviesen de referencia para medir el tiempo al ser recorridos por la sombra de un vástago vertical o una porción prominente del monumento mismo, el hecho de observarse así esta sombra en relación con el curso del sol justifica el nombre genérico de reloj de sol. Se comprende fácilmente que la explicación del milagro es la misma: una propagación irregular en la dirección del rayo de luz.

Asimismo, ha dado lugar a diferentes hipótesis exegéticas la estrella que guió a los Magos a Belén; al preguntar ellos por el recién nacido Rey de los Judíos, porque han visto «su estrella» dan a entender dos cosas: que la han visto y que han entendido (por uno u otro modo de revelación divina) lo que significaba y exigía de ellos; asimismo, su reaparición al salir de Jerusalén implica una discontinuidad en el oficio de guía que tuvo para ellos, ya que ahora «iba delante de ellos, hasta que llegando se detuvo encima de donde estaba el Niño».

Dos son las tendencias principales, aun entre los intérpretes católicos, para la explicación de estos hechos, una astronómica y otra meteorológica: la primera identifica la estrella con alguna de las llamadas «novas» de potente y repentino brillo, que a veces se observan en el cielo y evidentemente llaman la atención de todos, como ya ha ocurrido varias veces en la historia; según otros autores, se trata de una conjunción igualmente inusitada y conspicua, de los planetas Júpiter, Venus y Saturno, y que efectivamente tuvo lugar hacia los tiempos del nacimiento de Jesucristo; otros, en fin, hablan de un cometa especialmente luminoso (opinión que comparten hasta nuestros días, todos los constructores de Nacimientos por Navidad); pero todas estas teorías adole-

cen del mismo defecto : explican bien lo inusitado del fenómeno y su relación posible con una ilustración interna en el ánimo de los Magos ; pero dejan inexplicada la última parte de la narración en cuanto al modo especial con que los guió precisamente hasta el lugar donde había nacido el Salvador.

Es por tanto mucho más verosímil la teoría fundada en un meteoro, en un fenómeno localizado en una región de la atmósfera, cuyo movimiento pudiera ser apreciable, cosa menos probable tratándose de un astro ; por lo demás, la sobrenaturalidad de la vocación de los Magos radicaría más principalmente en un hecho externo, conforme al texto evangélico y al sentido tradicionalmente admitido.

La apreciación vulgar del mundo que nos rodea y que desde la primera página de la Biblia se expresa con las comunes palabras de «el cielo y la tierra» pudiera parecer impropia ante la cosmología científica, ya que divide al universo en esas dos partes tan desiguales ; pero desde la más remota antigüedad hasta nuestros mismos días semejante apreciación tiene un sólido fundamento sicológico, ya que a los ojos del hombre aparece en realidad el mundo dividido en dos partes aparentemente iguales y separadas por el horizonte visible ; para la mayoría de la humanidad, ignorante de las dimensiones y proporciones verdaderas, sigue siendo una manera natural de juzgar sobre lo que nos rodea. Y dentro del mismo cielo se les hace difícil la apreciación justa y exacta de las respectivas distancias y tamaños ; cuando San Pablo hablaba de sus revelaciones y afirmaba haber sido arrebatado hasta el tercer cielo, lo hacía siguiendo la antigua tradición cosmológica judía, por cierto mucho más razonable que las de otros astrónomos que en diversos tiempos multiplicaron los «cielos» o esferas celestes diferentes y complicadas ; en cambio para los judíos la división era más sencilla : el primer cielo era el que hoy llamamos atmósfera ; el segundo el de los astros, y el tercero la morada de los bienaventurados y del mismo Dios, en cuanto, como dice el catecismo, en él se manifiesta más principalmente su gloria.

Las imágenes tomadas del mundo astronómico a veces pasan al lenguaje bíblico sin la atenuante de una comparación expresa, y entre ellas es frecuente la del planeta Venus o estrella matutina, como leemos en dos pasajes del Apocalipsis : «Al que venciere le daré la estrella de la mañana» y el mismo Hijo de Dios se le hace decir : «Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella brillante de la mañana».

Explicando San Pablo a los corintios el dogma de la resurrección, declara la diversidad entre el cuerpo mortal y el glorioso valiéndose, entre otras imágenes, del diferente aspecto de los astros vistos desde la Tierra : «Hay también cuerpos celestes y cuerpos terrestres ; pero diferente es el esplendor de unos y de otros : uno es el resplandor del sol, otro el de la luna y otro el de las estre-

llas; porque entre una y otra estrella hay diferencia de claridad». Hay que advertir que aquí el Apóstol no habla en aquel sentido riguroso que dieron los filósofos antiguos a la distinción específica entre los elementos del cielo y de la Tierra (que hoy sabemos ser específicamente iguales); se limita a insistir en su diferente esplendor, tal como aparece, y por eso no hay en sus palabras contradicción alguna al hecho de estar compuestos los astros de los mismos elementos químicos terrestres.

Réstanos aducir algunos ejemplos del misterioso lenguaje profético con su especial dificultad de interpretación, como queda indicado más arriba; no tratándose ya de salvar la estricta veracidad de lo que se presenta como un hecho histórico, sino de expresiones poéticas y por añadidura orientales, es inaplicable el rigor científico al buscar una explicación plausible en el orden real. Así cuando leemos en Isaías: «Será entonces (habla de los tiempos mesiánicos) la luz de la luna como la luz del sol, y la luz del sol siete veces mayor», ni el conocido hebraísmo «siete veces» corresponde a una cantidad determinada ni la primera afirmación tiene otro valor que el de una simple hipérbole: son formas y símbolos de otra clase de bienes más excelentes en el futuro reino de Cristo.

Parecida es la interpretación de pasajes como el del profeta Amós: «Aquel día, dice el Señor, haré que se ponga el sol a mediodía y en pleno día tenderé tinieblas sobre la Tierra», y de San Pedro: «Los cielos y la Tierra actuales están reservados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los impíos. Vendrá el día del Señor como ladrón, y en él pasarán con estrépito los cielos, y los elementos abrasados se disolverán»; en el Apocalipsis se anuncia en forma pretérita que «en aquel día (final) el sol se volvió negro como un saco de pelo de cabra y la luna se tornó toda como sangre y las estrellas del cielo cayeron sobre la Tierra»; a semejanza de las palabras del mismo Jesucristo en San Mateo, de que «después de la tribulación de aquellos días (inmediatos al fin del mundo) se oscurecerá el sol y la luna no dará su luz y las estrellas caerán del cielo»; y a renglón seguido vienen estas palabras, donde algunos han creído ver una especie de aclaración a nuestro propósito: «y las potencias del cielo se conmoverán». Y en efecto, en términos más claros para nosotros, se enuncia así la clave de las imágenes anteriores, es decir, que el orden natural y ordinario del universo sufrirá una perturbación en la que manifestará el Señor su poder supremo sobre los elementos, al llegar para los hombres la hora de la justicia divina.

En confirmación de lo dicho sobre el sentido que se ha de dar a este lenguaje particular, tan diferente del que solemos usar actualmente, será oportuno recordar lo que a principios del siglo XIII de nuestra era se escribió en el epitafio del rabino Isaac Alfasi: «Fue el día de su muerte un día de desgracia y opresión,

día de tinieblas y oscuridad, día de nube y de niebla, día en que los cielos y sus lumbreras se oscurecieron y se vistieron de cilicio; las estrellas estuvieron de duelo, las colinas se doblegaron y todo Israel se aterrorizó». Ante la semejanza de estas expresiones con los textos bíblicos mencionados, se comprende bien que los judíos, familiarizados con ellas, no hallarían como nosotros motivos de perplejidad en la lectura de aquellas profecías, antes considerarían tal lenguaje el más adecuado para expresar lo que en ellas se contenía; del mismo modo que son oportunas las frases con que el Apocalipsis da a entender la idea opuesta, a saber, la restauración y triunfo de un orden nuevo en el cielo, en la Jerusalén celestial, que «no ha menester de sol ni de luna que la iluminen, porque la gloria de Dios la alumbra y su lumbrera es el Cordero».

ANTONIO DÚE ROJO, S.I.

Observatorio de Cartuja
(Granada)